

Molina Foix

CON LAS CARTAS

BOCARRIBA

Por LUISGÉ MARTÍN Fotos EDUARDO P. V. RUBAUDONADEU

LAS MALAS LENGUAS DICEN QUE VICENTE MOLINA FOIX HABÍA DECIDIDO ABANDONAR DEFINITIVAMENTE SUS AMORES CON LA LITERATURA PARA CONFIARSE A LOS BRAZOS DE OTRO AMANTE MÁS ESPLÉNDIDO EN CARICIAS: EL CINE. POR FORTUNA NO HA SIDO ASÍ. CINCO AÑOS DESPUÉS DE ESTRENAR SU PRIMERA PELÍCULA, SAGITARIO, Y CUATRO DESPUÉS DE LA PUBLICACIÓN DE SU ÚLTIMO LIBRO DE FICCIÓN, EL VAMPIRO DE LA CALLE MÉJICO, MOLINA FOIX REGRESA A LA GRAN PANTALLA DE LA NOVELA CON EL ABRE CARTAS, UN DESLUMBRANTE LABERINTO DE HISTORIAS EN EL QUE, ENTRE LAS LUCES Y LAS SOMBRAS DE LA ESPAÑA DEL ÚLTIMO SIGLO, EL AUTOR HURGA EN UNA DE SUS OBSESIONES: EL VÍNCULO INTELECTUAL PERO TAMBIÉN PASIONAL QUE SE ESTABLECE ENTRE LOS DISCÍPULOS Y SUS MAESTROS.

El asunto de la novela es éste: la influencia que unos personajes, reales o no, míticos en ocasiones, siempre muy potentes, han tenido sobre otros. Es un tema que me obsesiona. La idea de influjo, de fascinación, de vampirismo incluso; el cómo unas personas vampirizan, captan y mueven la vida de otros, y cómo a su vez estos, más débiles o más dependientes, tratan de vivir por sí mismos.

Z. ¿Tú te sientes vampiro o vampirizado?

Molina Foix. Siempre he estado un poco vampirizado, en el sentido en que estamos hablando. He sido siempre un aprendiz, y es lo que quiero ser hasta la muerte. Durante toda mi vida he tenido una relación muy agradecida y muy fructífera con personas que han actuado conmigo como maestros, aunque de manera no profesoral. Esto ha sido siempre así, desde mi juventud. Me enamoré de Terenci Moix no sólo por su gran encanto personal sino porque sabía mucho más que yo; había vivido en Italia y tratado allí a Pasolini, y yo sólo conocía Alicante. Me fascinó. Yo tenía 18 años y él 23. Me hablaba de ópera, por ejemplo, que era un mundo que yo entonces desconocía por completo, me había quedado en La Verberna de la Paloma oída por la radio. Y luego he tenido, a lo largo de mi vida, dos grandes amigos-maestros: Juan Benet y Vicente Aleixandre. Es lo que llamo las paternidades simbólicas. Por eso me ha interesado siempre el tema del maestro y el alumno, del influjo y el influido, que tantas veces se repite también en el amor (y no

sólo en el 'amor griego'). Inevitablemente, pasado el tiempo, yo también he sido maestro de los más jóvenes, como es normal. Es una especie de cadena que no se interrumpe y en la que me he sentido siempre muy recompensado.

Z. A propósito de una película de Gutiérrez Aragón, uno de los personajes de tu libro escribe algo que a mí me pareció que podía servir en realidad para definir El abrecartas: "Una película en la que la luz de la memoria ilumina la historia de España con sombras de leyenda".

M.F. Sí, esa frase podría ser adecuada. La novela retrata a una serie de hombres y mujeres que viven empujados, fantasmagorizados por otros, incluyendo a personajes de una potencia histórica colosal, como pueden ser Lorca, Aleixandre o Eugenio D'Ors, y a personajes completamente de ficción inventados por mí.

Z. Vicente Aleixandre, al que consideras uno de tus padres simbólicos, es uno de los hilos conductores de la novela. En ella hablas sin disimulos de su homosexuali-

ME HA INTERESADO SIEMPRE EL TEMA DEL MAESTRO Y EL ALUMNO, DEL INFLUJO Y EL INFLUIDO, QUE TANTAS VECES SE REPITE TAMBIÉN EN EL AMOR

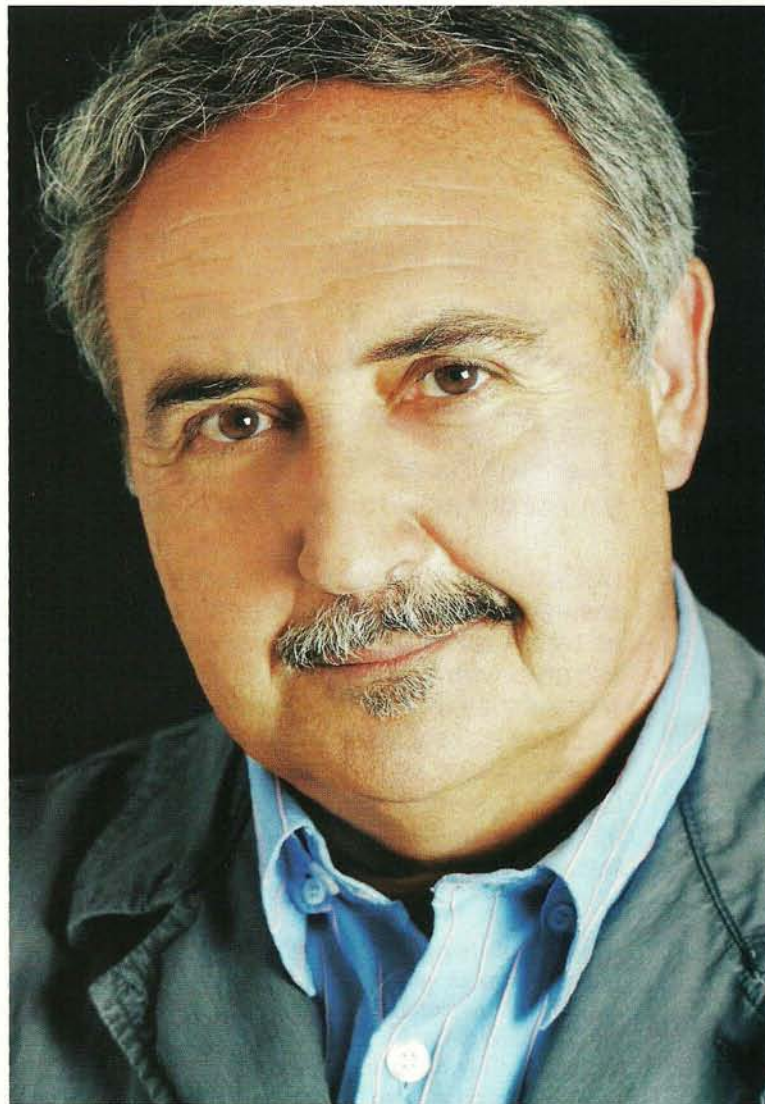
dad y cuentas una de sus grandes historias de amor.

M.F. Yo a Aleixandre no lo tenía pensado como personaje. Empecé a escribir el episodio inicial, en el que aparece un compañero de colegio de García Lorca, y a medida que iba escribiéndolo se me ocurrió hacer que conociera en el frente a Miguel Hernández y que éste le diera la dirección de Aleixandre. Y de repente, cuando ya llevaba cien páginas de la novela, se me vino a la cabeza la idea de que Aleixandre reapareciera como uno de los ejes. Dudé mucho en escribir la historia personal de Aleixandre, a pesar de que él hablaba de todo esto con mucha naturalidad a sus amigos cercanos. Él me contó, entre otros episodios íntimos, la primera gran historia de su vida amorosa homosexual con un muchacho llamado Andrés Acero, que aparece con su nombre en *El abrecartas*. Esa historia me impresionó tanto cuando me

la conté que al volver a casa la escribí, y ahora esas hojas a mano me han servido para repetirla con fidelidad, recreando, claro está, al personaje de Andrés. Se conocieron a través de Lorca, que le llevó un día a su casa cuando Vicente estaba enfermo. Se separaron por la guerra, tal como se cuenta también en *El abrecartas*. Todo lo que sucede en el libro responde a lo que pasó realmente. Y en una ocasión, hace treinta años, sin tener ni remotamente en la cabeza la idea de convertirle en personaje de una novela mía, le pregunté a Aleixandre si le importaría que algún día esas historias privadas se conocieran. Y Aleixandre me dijo que cuando él hubiera muerto y sobre todo —me acuerdo perfectamente— cuando hubiera muerto su hermana Conchita, no le importaría en absoluto. Por eso me decidí a incluirla en el libro.

Z. Como un homenaje lleno de gratitud.

M.F. La figura de Vicente es para mí capital. Uno de los más grandes poetas españoles y una persona generosa, amiga de sus amigos, divertida, aguda, apasionada en el amor... ésa es su verdad, me parece que mal conocida, y la que yo he querido mostrar en *El abrecartas*.



Z. Este episodio y algunos más de la novela son de los que hacen que al lector se le salten las lágrimas de emoción. ¿Ha cambiado tu literatura en este sentido con el paso de los años, te has vuelto más sentimental?

M.F. Sí, sin duda. Yo pertenezco a una generación fría, en la que los sentimientos eran de mal gusto en la literatura, digámoslo así.

DUDÉ MUCHO EN ESCRIBIR LA HISTORIA PERSONAL DE ALEIXANDRE, A PESAR DE QUE ÉL HABLABA DE TODO ESTO CON MUCHA NATURALIDAD A SUS AMIGOS CERCANOS

Una vez releí una novela mía antigua y me di cuenta de que la gente ni se besaba, había una especie de pudor absoluto, de elipsis continua en todo lo que tenía que ver con los sentimientos. De opacidad. Con el paso del tiempo yo he cambiado y me ha parecido normal que la claridad de la mirada se traslade a lo que escribo. Creo que eso ya estaba en *El vampiro de la calle Méjico*, y aquí, en *El abrecartas*, está de manera aún más evidente, quizás porque proyectó esa emoción en personajes que no pueden confundirse conmigo y así desaparece el pudor. He puesto la emoción en Aleixandre, en Andrés Acero, en un hombre campesino emigrado a Suiza, en una mujer que ama a otra mujer convertida en obsesión recurrente en el libro...

Z. Es relativamente sorprendente en la literatura española leer una historia de lesbianismo tan explícita y tan conmovedora como la que aparece en *El abrecartas*.

M.F. Sí, es cierto, el lesbianismo es el gran ausente, aunque hay algunas novelas que lo tratan. A mí se me ocurrió sobre la marcha —normalmente escribo sin brújula— que Setefilla, que es la prima del compañero de colegio de Lorca del que hablábamos antes, reapareciera para recoger el testigo de la homosexualidad no confesada de su primo. Setefilla es una lesbiana que ha bregado mucho en la vida, porque si hablamos de lo dura que ha sido la vida de los homosexuales, mucho más lo ha sido la de las lesbianas. Yo tenía ciertos datos reales de lesbianas falangistas y de todo ese mundo en la España de Franco, y con ellos fui componiendo a Setefilla.

Z. *El abrecartas*, a pesar de tu pasión por el cine, no es una novela cinematográfica.

M.F. Es que yo odio las llamadas novelas cinematográficas. El cine, en la pantalla, y en los libros, la literatura. Tiene además la apuesta de estar toda ella escrita a través de cartas de diferentes personajes que hacen avanzar la acción. Quise que fuera una novela llena de episodios, de intriga y de emoción, y espero que esta estructura llegue plenamente a los lectores. De todos los sexos.